



## PRÓLOGO

**E**L análisis, musa inspiradora del siglo que, en el decurso de las maravillosas conquistas con que va ensanchando las fronteras de la ciencia, no ha sabido dejar de la mano el escalpelo y el microscopio, se interna hoy en los dominios del arte y en el alma de sus cultivadores, imponiéndoles los procedimientos de la observación experimental, reconstituye y anima las literaturas muertas, escudriñando las profundidades donde yacían sepultadas como en infranqueables capas de yacimientos seculares, y arranca á viva fuerza sus secretos á la esfinge de lo pasado; fija impaciente en su placa fotográfica la imagen de los cambios á que vienen sometidas las creaciones del ingenio, las agrupa y colecciona en mapas sintéticos de todos tamaños y escalas, y multiplica las fuentes en que pueden saciarse la fiebre de la curiosidad vulgar y los generosos anhelos del sabio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERRÉ, MÉXICO

010076

La crítica ha venido así á desempeñar el papel de inexorable Themis, que rectifica en su balanza los fallos del apasionamiento, y de piadosa madre que embalsama los organismos estéticos, inmortalizando la pasajera flor de la belleza. El contingente enorme de la producción, que rebosa como un mar sin orillas con las nuevas corrientes que afluyen á su seno, hace imprescindible el uso del filtro y de la alquitara para concentrar las esencias y conservarlas libres de todo elemento corruptor y allegadizo.

Por causas de distinta procedencia, y en especial por la indolente apatía que constituye uno de nuestros caracteres étnicos, España es quizá entre las naciones cultas la más refractaria á ese impulso universal, la que con menor empeño trabaja en inventariar sus tesoros literarios, sin que le sirvan de acicate ni la conciencia del propio valer, ni el ejemplo de Alemania, Francia é Inglaterra, ni la bofetada del desdén con que la han herido tantas veces los extranjeros que no conocen nuestras glorias porque no las estudian, y no las estudian porque no disponen de otro recurso que el imposible casi de la información directa. Exceptuando á unos pocos representantes de la erudición sólida que apenas consiguen ser leídos, la generalidad de nuestros escritores no estilan otra manera de honrar al genio que la apoteosis y el ditirambo; y persuadidos de que brillan más esas luces de bengala que las del estudio paciente, malversan en labrar filigranas para un día dotes merecedoras de otro empleo.

Si en la historia de la literatura patria quedan numerosos huecos que llenar, nieblas aún no disipadas, enigmas que no alcanza á descifrar un hombre solo, aunque se llame Amador de los Ríos ó Menéndez Pelayo, la parte contemporánea es entre todas, no la menos conocida, pero sí la que menos han tratado de ilustrar los que fácilmente podían hacerlo, como si se desdenasen de dar importancia á hombres

y cosas con que han vivido en íntima comunicación, ó como si el riesgo de la parcialidad sirviera de disculpa á tan lastimosa negligencia. Comparándola con la oficiosidad nimia de los franceses, que cuentan por centenares el número de monografías sobre cada uno de sus autores, aun los vivos y más recientes, no creo que la elección resulte dudosa ni á favor nuestro, aunque también haya algo de extremosidad indiscreta en la exhibición de oscuros personajes é inútiles fruslerías.

¡Extraña paradoja! Se rehuye la apreciación en conjunto de las letras contemporáneas, y en cambio se admiten como moneda corriente las adulaciones oficiales y las intemperancias de la censura al día, los sahumeros y las emboscadas de la prensa, en la que el velo del anónimo ú otros no tan tupidos sirven de escudo al compadrazgo y á los resentimientos del amor propio para perpetrar toda suerte de injusticias. ¿Quién duda que el poder moderador y directivo de la crítica será tanto más eficaz cuanto mayores sean sus responsabilidades y con más honrada independencia se ejercite?

Prescindiendo de esta utilidad inmediata, hay que atender á la de aquellos que no han sido espectadores del movimiento literario en el siglo presente, ó quieren refrescar y sistematizar impresiones borrosas y de fecha lejana, ó necesitan orientarse en el dédalo de publicaciones que surgen y desaparecen como relámpagos; hay que allanar el camino á la posteridad para que no le sea tan arduo el conocimiento de lo que ahora podemos consignar sin mucho trabajo.

Al impulso de tales consideraciones se despertó en mí la idea de escribir el libro que presento al público, idea realizada con gran temor á las dificultades de la empresa, sin otros medios que los de la investigación solitaria y prolija, ni otro estímulo que el de mis aficiones, acrecentadas por la atracción misteriosa de lo desconocido. Pero aún me resta

la inestimable ventaja de repetir con libertad, respecto á los personajes cuyos nombres han de figurar en estas páginas, la frase del historiador latino: *Nec beneficio nec injuria cogniti*.

Hace ya muchos años, en el de 1846, apareció una *Galería de la literatura española* en el siglo XIX, serie inconexa de apuntes biográficos con vistas á las obras de cada autor; pero el título y la fecha bastan para suponer las necesarias deficiencias de este ligerísimo trabajo en el que D. Antonio Ferrer del Río sólo trató de cumplir un compromiso apremiante.

Así y todo, no podía incurrir, ni incurrió de hecho, en los errores de que está atiborrada la *Historia de la literatura contemporánea en España*<sup>1</sup>, escrita en francés por el monomaniaco y cejijunto clerófobo Gustavo Hubbard, de la cual dieron buena cuenta en su día dos eminentes críticos españoles, Manuel de la Revilla y Federico Balart. No se trata de esas pretericiones que pueden disimularse en un extranjero, ni de esos desatinos que indican sólo falta de estudio ó de fijeza; se trata de un criterio sistemáticamente absurdo y de un desconocimiento total de la materia, caracterizados por Revilla con suma lucidez: «Racionalista y radical, Mr. Hubbard condena sin apelación todo lo que de su ideal se aparta; y lejos de colocarse en el punto de vista sereno é imparcial que es propio de la historia, desdeña y rechaza todo lo que no se adapta al molde de sus ideas; lo cual es un criterio que puede ser útil en política, pero que no lo es en literatura ciertamente. En la apreciación de las obras literarias se debe hacer que siempre predomine el punto de vista estético, relegando al segundo término los principios políticos, religiosos y sociales; de otro modo, el escritor se expone á

<sup>1</sup> *Histoire de la littérature contemporaine en Espagne*, par Gustave Hubbard. París, 1876. (De la *Bibliothèque Charpentier*.) Un volumen en 12.º de 422 páginas.

ser injusto y á preferir una obra mediana porque conforma con las tendencias de su espíritu, á una obra maestra que las contradice... A esta preocupación política, á este imperio absoluto de las ideas preconcebidas, se une en el libro de Mr. Hubbard una ignorancia de los hechos casi constante, que proviene, sin duda, de que el autor no se ha tomado el trabajo de recurrir á las fuentes originales, ni de ponerse al corriente de nuestro movimiento literario. De aquí omisión de escritores y obras de gran importancia; transcripciones inexactas de nombres propios; menciones de obras que no lo merecen; testimonio de aprecio otorgados en igual medida á obras de primer orden y á producciones que nada valen; en resumen, errores de todo género que despojan al libro de todo valor histórico y le hacen ser un guía infiel y engañoso, que harán bien en no seguir á ciegas los franceses que deseen conocer nuestra literatura contemporánea<sup>1</sup>. Y claro está que la tal historia con sus formidables desatinos ha de desagradar doblemente á los lectores españoles que son capaces de comprenderlos, y para los cuales no sólo resulta incompleta, sino positivamente inútil, á no ser que la tomen en las manos como motivo de risa y pasatiempo, y yo no aconsejaré á nadie que así lo haga.

Mucho más que del empecatado autor francés y de Ferrer del Río he podido entresacar de algunos estudios que figuran en la espléndida antología de *Autores dramáticos contemporáneos*<sup>2</sup>, verdadero monumento erigido á las glorias del

<sup>1</sup> *Críticas de D. Manuel de la Revilla*, segunda serie, páginas 30-31. El artículo de que está tomada la cita se insertó en la *Revista Contemporánea* (30 de Octubre de 1876).

<sup>2</sup> *Autores dramáticos contemporáneos y joyas del Teatro español del siglo XIX*. Única edición. Contiene el retrato, la biografía y juicio crítico, y la obra más selecta de cada uno de los autores del Teatro moderno, con un prólogo general del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo... Dos volúmenes en folio menor. Madrid, 1881-1882. Los juicios que com-

Teatro español por el ilustrado escritor y poeta D. Pedro de Novo y Colson, del libro del Marqués de Molins acerca de Bretón de los Herreros, de la monografía de D. Manuel Cañete sobre el Duque de Rivas, y de otras más ó menos interesantes; pero la luz con que se han esclarecido ciertos temas parciales no impide que el general de toda nuestra moderna literatura esté aún inexplorado y envuelto en caliginosas lobregeces.

La misma preocupación que ha retraído de penetrar en él con paso firme á personas más competentes que yo, contribuirá á que se censuren el método de composición que desde un principio creí necesario adoptar, el relieve dado á los grupos de figuras secundarias, las series de nombres propios, la puntualizada descripción de pormenores, y algo más que desdeñan los amigos de generalidades fantásticas y vacías. He de recordar, no obstante, en mi descargo que las grandes manifestaciones artísticas encarnadas en colosos como Shakspeare, Calderón y Goethe, suponen casi siempre el período de preparación en que interviene una muchedumbre obscura y numerosa, al modo que en las transformaciones del suelo y en la fabricación de las islas madreporicas se consume la actividad lenta y colectiva de infinitos pólipos. Y si los genios no nacen por generación espontánea,

---

prende la obra son: *El Duque de Rivas*, por D. Manuel Cañete; *Don Antonio García Gutiérrez*, por D. Cayetano Rosell; *Don José Zorrilla*, por D. Isidoro Fernández Flórez; *Don Ventura de la Vega*, por D. Juan Valera; *Don Narciso Serra*, por D. José Fernández Bremón; *Don Juan Eugenio Hartzenbusch*, por D. Aurelio Fernández-Guerra y Orbe (tomo I); *Don Francisco Martínez de la Rosa*, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo; *Don Tomás Rodríguez Rubí*, por D. Jacinto Octavio Picón; *Don Manuel Bretón de los Herreros*, por el Marqués de Molins; *Don Antonio Gil de Zárate*, por el Marqués de Valmar; *Don Gaspar Núñez de Arce* (de Menéndez y Pelayo), *Don Adelardo López de Ayala* (de Picón), *Don Manuel Tamayo y Baus* (de Fernández Flórez), y *Don José Echegaray*, por D. Luis Alfonso (tomo II).

ni habitan en un mundo distinto del en que se mueven los demás hombres, tampoco desaparecen sin dejar estampada su huella luminosa en los artistas de menor vuelo, y, como el sol, hacen vibrar los átomos esparcidos en torno de su esfera.

Además, la vida en todos sus órdenes, sin exceptuar el del arte, es compleja y multiforme, comprende una gama variadísima de accidentes y matices que no cabe simplificar por abstracción, y se difunde, como la savia, en árboles de diferente altura y en flores de distinto aroma. Si la historia ha de copiar exactamente la realidad de los hechos, no hará bien en proceder por saltos donde hay puntos de sucesión y enlace, ni en buscar la recta inflexible donde las leyes de la naturaleza señalan curvas ondulantes y caprichosas, ni en aspirar á la simetría ficticia de lo grande donde reina una desigualdad que no carece de su natural y propia armonía.

Es más lucido y halaga más á la pereza de algunos lectores amplificar en pomposas y altisonantes cláusulas los datos generalmente conocidos, que allegar otros nuevos y de difícil adquisición; pero también tiene sus quiebras el sacrificar la solidez del fondo al buen éxito inmediato y á la ostentación lírica, y el construir sobre movediza arena castillos fantásticos que se desmoronan á poco que los roce el ala del tiempo.

No todos los autores menos notables juzgados en las páginas que siguen pueden colocarse en segunda fila, ni aun extendiendo mucho los límites de la benignidad. Lo que me determinó á descender á otras categorías inferiores fué el no tratarse aquí del mérito absoluto, sino del relativo, la aceptación que consiguen y la importancia que así adquieren ciertas obras desprovistas de uno y otro, la exuberante fecundidad de la materia, y el interés que para los que hoy vivimos ofrecen las particularidades relacionadas íntimamente con los hombres y la sociedad de nuestros días.

El presentar grupos completos en vez de personalidades aisladas é independientes, trae la ventaja de que por aquel medio se determinan mejor el aspecto externo y social de la literatura, y su representación histórica como signo de las inclinaciones y del carácter general de una época. Aunque los imitadores sin inspiración propia no mereciesen ser tomados en cuenta por el valor intrínseco de sus obras, merecen serlo en cuanto testifican con ellas la difusión y resonancia de cada género literario, y sirven de base á las inducciones de la crítica científica en lo que ésta tiene de admisible y racional. Es bien sabido que las teorías y el ejemplo de Taine, extremados por sus secuaces, tienden á convertir la historia de una literatura en historia de la psicología de un pueblo, considerando el libro como un documento para conocer á los hombres, y preconizando la crítica sociológica, así como Saint-Beuve introdujo y practicó la biográfica. Pero los mantenedores de estas novedades se han olvidado frecuentemente de lo principal, que es el análisis de la obra en sí misma, y se han propuesto explicar su formación más bien que aquilatar y hacer sentir sus bellezas, fin último al que debe dirigirse lo que llama Guyau <sup>1</sup> *el trabajo preparatorio de la crítica científica*. Por mi parte, ni he tratado de seguir los procedimientos del nuevo sistema bautizado por Hennequin con el nombre de *Esthopsicología*, y que lleva á las letras la aridez de las fórmulas algebraicas <sup>2</sup>, ni me he ceñido á la apreciación meramente retórica y formalista de las producciones literarias, con las cuales pueden y deben ser estudiados el artista que las crea y el público que las admite ó rechaza.

Otro escollo no más fácil de salvar ofrecía la especifica-

<sup>1</sup> *L'Art au point de vue sociologique*, pág. 47. (París, 1889.)

<sup>2</sup> Léase como prueba el ensayo acerca de Victor Hugo que incluye Hennequin en un apéndice á su libro *La Critique Scientifique*, páginas 225-243. (París, 1890.)

ción del argumento en los dramas, novelas y demás obras similares; pues mientras los unos hacen gala de prescindir de él, contentándose con vagas alusiones, inteligibles sólo para los que lo conocen de antemano, hay quien lo diseña con la fastidiosa prolijidad de un entomólogo, de lo cual se ven en Zola ejemplos elocuentes. Adoptar una práctica media equidistante de ambos extremos, evitar la repetición de aquello que no ignora ningún español medianamente versado en la literatura patria, concentrar en breves rasgos sintéticos lo que baste á dar idea de la acción, del plan á que obedece y de la forma externa, simplificando las indicaciones á medida que son más excusadas ó menos importantes; tal es el criterio á que me he procurado conformar, seguro de no haberlo conseguido siempre.

El título de LITERATURA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XIX exige también una aclaración, que será la última. Entiendo aquí la Literatura, no en su más amplio concepto, sino en cuanto significa el arte que tiene por fin único la manifestación de la belleza y por medio la palabra, y doy por excluídas la oratoria y la didáctica, en las que el efecto estético va subordinado á la utilidad. Esta limitación, fundada en la naturaleza misma del asunto, que entendido de otro modo apenas podría desenvolverse en numerosos y dilatados volúmenes, no se extiende á los géneros en prosa que participan del carácter desinteresado de la Poesía. Y como en el siglo presente han sido los Schlegel, los Macaulay, los Saint-Beuve y Durán heraldos de toda renovación literaria, auxiliares poderosos del progreso artístico, magos descubridores de mundos incógnitos, por los que después han podido explayarse la fantasía y el sentimiento, vendrán á completar cada una de las partes en que se divide esta historia sendos capítulos sobre la crítica literaria y sus más caracterizados representantes.

Colegio del Escorial, 22 de Abril de 1891.